

La estación de los sueños perdidos

Lluís Miret

Babá llegó al pueblo cuando ya anocheaba. Hacía mucho frío, no tenía ningún sitio adonde ir y padecía de fatiga, hambre y sueño.

La antigua carretera general atravesaba la población de norte a sur y justo en la mitad se encontraba la estación de ferrocarril. Babá entró con la esperanza de encontrar un sitio a cubierto en el que pudiera dormir tranquilo.

Ayudado por las últimas luces del día, inspeccionó el lugar. Era un edificio viejo y casi vacío, con poco más que dos bancos de madera y un gran reloj, aunque también descubrió un vigilante de mirada desconfiada y hostil. Como todos.

Babá notaba que el vigilante no le quitaba el ojo de encima. Si decidía pasar la noche en uno de los bancos, tendría problemas. El niño decidió marcharse discretamente, pero volvió a acceder al recinto por un lugar más alejado y escondido.

En las vías muertas encontró aparcados numerosos vagones de mercancías, grandes y descoloridos. Babá los inspeccionó con detenimiento y esperanza, a la búsqueda de un poco de comida o un lugar donde dormir bajo techo; pero todos estaban cerrados.

Cuando ya estaba a punto de abandonar, se percató de la presencia de un extraño vagón, situado en la vía más aislada de la estación.

Babá lo inspeccionó con curiosidad. A diferencia de los demás, no era de mercancías sino de pasajeros. Lo reconocía por los grandes ventanales, a través de los cuales pudo entrever los asientos. Pese a la poca luz, adivinó unas butacas de cuero negro, separadas entre sí por elegantes mesas de madera. Era el vagón más extraño que había visto nunca, y eso que se había colado en muchos trenes desde que había llegado a Europa.

Aquel vagón era la posibilidad de no dormir al raso, de no pasar frío, de disfrutar de una noche tranquila; pero el vagón estaba cerrado. Babá trató de forzar la puerta, pero fue imposible; después trató de abrir alguna ventana, pero tampoco pudo. Desesperado, sopesó la posibilidad de romper uno de los cristales. Eligió una gran piedra y se dirigió decidido a una de las ventanas. Tal vez fue la duda, o la debilidad causada por el hambre, pero la piedra rebotó inerte contra el duro cristal. Babá se encontró mitad frustrado, mitad aliviado. No deseaba dañar el vagón. Aquel vagón era su esperanza y su sueño. El abuelo Muntu decía que los sueños hay que cuidarlos, nunca maltratarlos. Babá acarició el vagón con una inocencia que ya daba por perdida. Sonrió ligeramente, justo en el momento en que descubría un

pequeño agujero en el techo, una especie de respiradero abierto a la noche. Eufórico, consiguió trepar por el alféizar de una ventana. El agujero era tan estrecho, que justo cabía un niño raquíto y esmirriado como él. Por un instante pensó que no lo conseguiría, que sería imposible atravesar un espacio tan reducido. Una vez más, necesitó tragarse sus miedos y temores. Si quería dormir sin frío ni problemas debería introducirse por el agujero.

Las piernas pasaron sin dificultad, el tronco comenzó a rozar los bordes afilados del agujero, pero al llegar a los hombros quedó atrapado. Más de medio cuerpo le colgaba estúpidamente y pensó que era una manera ridícula y dolorosa de morir. Acuciado por el instinto empezó a moverse espasmodicamente hacia la derecha y la izquierda, como si enroscara y desenroscara el tapón de una botella. Con cada movimiento, comprobaba que el cuerpo sufría, pero también avanzaba unos milímetros. Finalmente, cuando no lo esperaba, cayó al vacío.

El golpe fue seco y violento. Babá estaba convencido de haberse torcido un tobillo, además, comprobó que tenía la camisa hecha jirones y que sangraba por numerosos rasguños. De todas maneras, lo había conseguido.

El vagón estaba completamente a oscuras. Cuando se acostumbró al dolor y a la ausencia de luz, se dirigió a los asientos de cuero que tanto había anhelado. En realidad estaban destrozados. Desde fuera no había podido apreciar los muelles sueltos ni los hierros sobresaliendo por los jirones y roturas; era imposible que nadie pudiera sentarse allí. Cabreado, Babá trató de abrir la puerta del vagón, pero comprobó espantado que estaba atrancada. No existía manera de salir, de nuevo estaba atrapado, de nuevo era prisionero de sus sueños.

Babá recordó, una vez más, el viejo consejo del abuelo Muntu. «No hacen falta armas ni valor para atrapar a los ani-

males más peligrosos, tan sólo es necesario despertarles un deseo y hacer que corran hacia él. El cazador sólo debe preparar una trampa en medio del camino. Será el propio león, la hiena o el elefante quien caerá persiguiendo la comida o la hembra. La ambición y el deseo provocan ceguera y estupidez». Era una historia antigua, un viejo consejo, una técnica anticuada de caza. Él y sus hermanos se habían reído del abuelo. «¡Contra un animal sólo se necesita una escopeta y pum, pum, pum!»). Todos habían ignorado el consejo del abuelo; todos habían partido del poblado persiguiendo sus sueños y deseos.

Kiki fue el primero en marchar. Consiguieron llegar a Europa y enviar numerosas cartas y dinero. Cada remesa era maná caído del cielo, cada carta era leída por el maestro de la escuela y, al poco tiempo, memorizada por todos los miembros de la familia. De noche y de día, en el colegio o en la cama, todos los hermanos soñaban su propio viaje; se creaban un mundo de fantasía y éxito; se deleitaban imaginando el día del regreso, la admiración y el orgullo de familiares y vecinos. Nona fue el primer afortunado. Era un año menor que Kiki y, por tanto, partió un año después. Nunca se tuvieron noticias suyas. Babá era el tercer hermano y tampoco había dado señales de vida. Puede que en aquel momento Ruco estuviese a punto de partir.

Babá apartó estos pensamientos. Podía padecer hambre, dolor y frío, pero no podía perder la esperanza. Era lo único que le quedaba, aunque en dosis cada vez más escasas.

En el interior del vagón hacía tanto frío como en el exterior. Las corrientes de aire atravesaban violentas y heladas las numerosas ranuras del techo y las paredes. Babá sólo podía contar con un remedio contra el hambre y el frío; sólo conocía una manera de enfrentarse al dolor y la melancolía: dormir.

Se acurrucó en un rincón del vagón; tratando de entrar en

calor con su propia temperatura corporal; luchando por ignorar el escozor de las heridas o los gritos huecos del estómago. Tuvo suerte y cayó dormido. En un momento dado, imaginó que el tren se ponía en marcha, confundiendo el temblor de su cuerpo con el traqueteo del tren.

Babá deseaba no soñar. Conocía el placer de los sueños, pero también el duro despertar. Conocía el bienestar temporal que otorga la imaginación, de hecho, los sueños y los deseos eran su único alimento en los momentos más duros y desesperados; pero la experiencia le dictaba que los sueños eran un alimento peligroso, que contenían un veneno de difícil digestión. En cualquier caso, llevado en volandas por la fiebre y la tristeza, esta vez no pudo ni quiso resistirse.

Soñó que regresaba a su poblado en tren. Imaginó el viaje sentado en un confortable sillón de cuero, con el rostro pegado a la ventana. Babá sonreía burlándose del hambre y la tristeza sufridas. El tren silbaba alegre y despreocupado, viajando veloz sobre una vías fuertes y elevadas que atravesaban mares, desiertos y fronteras; que ignoraban soldados, policías y traficantes.

Babá reconocía muchos de los lugares que pasaban: la playa donde embarcó, el centro de internamiento, los puentes bajo los que durmió... todo quedaba atrás. Babá ya no padecía hambre ni frío, estaba contento y feliz.

Todo era demasiado perfecto. La belleza excesiva del viaje le hizo sospechar de su falsedad. Babá conocía el peligro de estos viajes, el riesgo de extraviar las maletas donde se guardan los sueños y la esperanza. No quería despertar, pero el instinto le acuciaba a abrir los ojos. Unos ruidos extraños y reales se habían colado en el sueño. De repente, oyó unas voces temidas y graves.

—¡La madre que lo parió! Ya se nos ha colado un negro en el vagón. Tú, Kunta Kinte, mira a ver si puedes hacerte entender.

El niño abrió los ojos con temor y tristeza. El resto del cuerpo era incapaz de reaccionar. Descubrió un par de hombres dirigiéndose hacia él. De improviso, el negro se paró en seco, lo miró primero extrañado y luego emocionado, como si no diese crédito a sus ojos. Entonces, dibujó una sonrisa muy grande y familiar. Aquel rostro y aquella sonrisa que tantas veces había soñado Babá. Si no fuese por el dolor de las heridas, el niño no hubiese estado seguro de seguir vivo ni de haber despertado. Aunque tenía los ojos mojados, aunque la fiebre le hacía temblar como a un gorrión herido, Babá reconoció el rostro de su hermano Kiki.